

Estado ausente, segregación lingüística del quechua y sus implicancias sociales en el valle del Mantaro

Roberto Salazar Solano

Estudiante de Antropología en la Universidad Nacional del Centro del Perú (UNCP).
e-mail: e_2016100339i@uncp.edu.pe

Resumen

En la presente entrevista inédita, realizada el 20 de septiembre de 2019 en la ciudad de Huancayo, el doctor Rodolfo Cerrón-Palomino (Ph D. en Lingüística, Universidad de Illinois, en su sede Urbana-Champaign), con doctorado Honoris Causa por la Universidad Nacional del Centro del Perú, ofrece sus reflexiones sobre el problema social del quechua y la constante segregación de sus hablantes, dando cuenta y razón, desde un enfoque interdisciplinario, del hecho histórico colonial que irradia aún consecuencias heredadas desde entonces. Evidenciando al mismo tiempo, en un Estado ausente, estrategias educativas en el sector estatal y privado que, soterradas y a la vez manifiestas, se resuelven simbólicamente de manera violenta, estigmatizando la práctica y el saber popular de los comuneros del valle del Mantaro. También, el doctor Cerrón-Palomino explicita con detalles su labor de interpretación y modernización del vocabulario elaborado por el franciscano huancaíno José Francisco María Ráez, a comienzos del siglo XX; y que el entrevistado ha editado con el título de *Diccionario huanca quechua-castellano/castellano-quechua*¹. Finalmente, hace referencia a su tenaz investigación sobre el puquina que postula como lengua originaria de los Incas.

Palabras clave

Segregación lingüística, quechua huanca, onomástica, puquina.

¹ Véase María Ráez, J. (2018). *Diccionario Huanca Quechua-Castellano/ Castellano Quechua*. (Ed. Rodolfo Cerrón-Palomino y Sergio Cangahuala Castro).

Nota editorial: el presente artículo fue recibido el 20-01-22 y aprobado el 10-02-22.

Absent state, linguistic segregation of Quechua and its social implications in the Mantaro Valley

Roberto Salazar Solano

Anthropology student at the National University of the Center of Peru.

e-mail: e_2016100339i@uncp.edu.pe

Abstract

In this so far unpublished interview, carried out on September 20, 2019 in the city of Huancayo, doctor Rodolfo Cerrón-Palomino (Ph D. in Linguistics, University of Illinois at Urbana-Champaign), with honorary doctorate from the National University of the Center of Peru, exposes his reflections on the social problems of the Quechua language and the constant segregation of its speakers. He provides us an account and reason, from an interdisciplinary approach, of the colonial history whose effects radiates up to the present, evidencing, in an absent State, official educational strategies and private ones that, buried and at the same time manifested, turn out to be symbolically violent, stigmatizing the practice and knowledge of the comunolects in the Mantaro valley. Professor Cerrón-Palomino also explains in detail his work in interpreting and modernizing the vocabulary compiled by the Franciscan huancaíno, José Francisco María Ráez, in the first decades of the XXth century, by editing philologically the *Diccionario huanca quechua-castellano/castellano-quechua* of the illustrious Franciscan friar. Finally, reference is made to his tenacious investigation on the Puquina language, which the interviewed proposes as the ancestral tongue of the Incas.

Keywords

Linguistic segregation, quechua huanca, onomastics, puquina.

Introducción

El prestigioso lingüista peruano, Rodolfo Cerrón-Palomino, a través de la edición actualizada del lexicón que compiló el franciscano huancaíno José Francisco María Ráez (1851-1949), revela sus métodos de estudio histórico-etnolingüísticos, abordando reflexiones críticas sobre el problema estructural del quechua y de sus comunolectos en el contexto local del Valle del Mantaro para transponerlos a un análisis más amplio de corte nacional. Desde el tópico de sus reflexiones se devela cómo la dimensión sociológica del idioma quechua ha sido un trasunto del hecho político e histórico, evidenciando tangencialmente la discriminación de las minorías lingüísticas y de sus hablantes. Expone el entrevistado cómo las condiciones materiales de los usuarios del quechua condicionan y postergan la reivindicación política de esta lengua originaria, pero habilita al mismo tiempo, paradójicamente, espacios donde se ha mercantilizado el conocimiento de esta lengua mediante la elaboración de vocabularios, sin un criterio epistémico lexicográfico y etimológico.

Estimado doctor Cerrón-Palomino, ¿considera aún que el problema del quechua es un problema social?

Definitivamente, ya que es un problema social que se remonta a los tiempos de la conquista española, la instalación del régimen colonial y el advenimiento del estado republicano. Así que es la suma de toda una complejidad de factores, en cuanto al uso de la lengua, su registro y estudio, su evaluación como entidad sociocultural. En el contexto global del mundo andino representa el problema social que tiene que ver con la extracción social de sus hablantes, con el estatus socioeconómico de las comunidades que practicaban las lenguas nativas, y cómo, sin embargo, estas han jugado un rol importante en la etapa prehispánica como elemento difusor y unificador de las civilizaciones de las culturas andinas prehispánicas.

No es novedad señalar que la situación de las sociedades prehispánicas se ve agravada con la instalación del régimen colonial, en la que sus lenguas son usadas inicialmente como instrumentos

de evangelización e imposición cultural religiosa. Muchas palabras del quechua se han manipulado semánticamente, con nociones y conceptos judeo-cristianos ajenos a la cosmovisión religiosa de los pueblos prehispánicos. Por ejemplo, la palabra *hucha*, que en el mundo andino simplemente significaba obligación moral y ética, responsabilidad socio-política, hoy en día ya significa ‘pecado’, ‘falta’, ‘culpa’, demostrándonos que el concepto cristiano tuvo éxito a fuerza de tanta prédica evangelizadora. Es un ejemplo de muchos otros que se pueden aportar de esa especie de contrabando ideológico en la lengua a partir del largo proceso de evangelización,

Los únicos que podrían resolver este problema son los hablantes de la lengua. No nos estamos refiriendo a los hablantes en términos abstractos, hay que ver la condición social de éstos

que la república hereda y continúa practicando a través del sistema educativo, donde ya no se evangeliza, pero se educa; y al educar al alumnado se le imparte también ideas de subestimación y menosprecio de las lenguas andinas en general y de la cultura que las subyace.

Y no solo estamos hablando del quechua, sino también de las otras lenguas originarias venidas a menos, idiomas que se dicen que no sirven para expresar conceptos abstractos, vehículos que no son aptos para ser empleados como medios de educación, aprendizaje e instrucción. Entonces, de esa manera, se fue entronizando el castellano como única lengua oficial del Perú, que implica a su vez, que la escuela lo adopte como lengua exclusiva de instrucción y que aquellos que no la dominen estén en condiciones totalmente relegadas y ridiculizadas, desprovistos de su medio natural de expresión. Por eso, toda la situación educativa se ha venido impartiendo dentro de un contexto de opresión idiomática, con exclusión y detrimento de los educandos de habla ajena al castellano.

Recuerdo que hace algún tiempo postuló que los convocados a resolver este problema social vendrían a ser los mismos usuarios del quechua. ¿Sigue demandando aquello de entonces?

Sí, en buena parte. Por lo menos en el plano teórico es así, ya que esperar que la solución llegue desde arriba, como una suerte de un presente proveniente de una mala conciencia es ingenuo, por decir lo menos. La experiencia de los pueblos demuestra que los únicos que podrían resolver este problema, el de la llamada “cuestión lingüística”, son los hablantes, militantes de su lengua, desde abajo. No estamos hablando de los usuarios de la lengua en términos abstractos, pues toda propuesta reivindicativa debe partir del análisis de la condición social y económica de los hablantes. Si los usuarios de estas lenguas están desprovistos de todo poder, y sabemos por definición que los idiomas se enganchan siempre tras el poder, entonces es una quimera que tales hablantes, desprovistos de potestad y con su lealtad idiomática por los suelos, puedan reivindicar su habla marginada por la sociedad opresora, por la colectividad nacional englobante y glotofágica. En tanto que estos hablantes sigan en esa postración, víctimas de minusvaloración linguo-cultural, difícilmente vamos a conseguir reivindicar una lengua; porque, además, insistamos, no solamente estamos hablando de un problema social, sino también político, cultural y económico.

Durante la presentación del libro, Diccionario huanca quechua-castellano/castellano-quechua, del cual es editor, expuso que había realizado un tratamiento histórico del material que halló. Coméntenos cómo realizó ese abordaje.

Efectivamente, el trabajo efectuado es de corte histórico-lingüístico. El enfoque que le dimos, entre otras razones, fue con el objeto de situar al quechua-huanca dentro de la gran familia lingüística quechua de la cual forma parte. Es importante conocer todo el esquema del universo idiomático quechua para saber dónde estamos, cómo

hablamos y en qué aspectos (sociolingüísticos) nos diferenciamos los hablantes de las otras lenguas o dialectos que integran esa gran familia lingüística. Entonces, para ello, se requiere partir, en primer lugar, de la lengua matriz, y a partir de esta se va explicando cómo han venido surgiendo y configurándose en determinadas regiones, a lo largo de los siglos, distintas realizaciones idiomáticas llamadas dialectos. Esto es importante conocer, porque, sin dicho conocimiento, realmente estaríamos operando como con una especie de artefacto ahistórico. Aquí hay que aceptar un hecho concreto, y es que toda lengua cambia en el tiempo y se diversifica en distintas realizaciones que se llaman variedades o dialectos, y estas entidades se explican a través de reglas de evolución.

Lo que hago en el libro es justamente explicitar esas reglas básicas de cómo el quechua parte de la rama lingüística que se conoce como Quechua Central, hablada desde Sihuas y Pomabamba, en Áncash, hasta Huancayo; y que esta variedad central contiene a su vez distintas realidades sub-dialectales que se hablan en toda la sierra centro-andina. Y así, el quechua central es diferente del hablado en Cerro de Pasco, y este es distinto al de Tarma; el de Tarma, a su vez, es diferente del de Huancayo. De manera que hay que conocer todas esas diferencias para poder caracterizar la variedad vallemantarina en toda su dimensión. Incluso reduciendo el ámbito territorial, concentrándonos solamente en el Valle del Mantaro, tenemos tres grandes variedades (*Shausa*, *Huaicha* y *Huaila*), cuyas diferencias hay que conocer y zonificar, como lo hicimos hacia fines de la década del 80 del siglo pasado. Todo esto fue necesario ilustrar y exponer en el diccionario como una parte introductoria informativa para saber dónde estamos, lingüísticamente hablando, qué somos, de dónde venimos, qué variedad hablamos; repito una vez más, esto es imprescindible en un abordaje histórico-dialectal, en todo estudio serio de una realidad idiomática.

En su labor como lingüista se ha apoyado en las Ciencias Sociales, pero también ha intervenido de otra manera en el trabajo de edición, reestructurándolo metodológicamente. ¿Qué criterios ha aplicado sobre la obra del padre José Francisco María Ráez, cuya motivación inicial fue la de elaborar un documento funcional de carácter catequizador?

Había que partir de una realidad concreta, del hallazgo de un manuscrito inédito dejado por el autor. Estamos hablando de la obra de un religioso, conventual y doctrinero, y esta faceta se advierte fácilmente en el corpus léxico compilado y luego revisado ya con pulso tembloroso por su longevo autor. No es, pues, difícil encontrar en el material lingüístico el trasunto de una especie de sesgo hacia la religión católica y la prédica judeo-cristiana implicada por ella. Por ejemplo, términos familiares, comunes y corrientes, que empleamos en las comunidades, relacionadas con las funciones de los órganos de reproducción humana son un tabú en el manuscrito, simplemente brillan por su ausencia. Ello es fácilmente explicable y entendible a partir del conocimiento de quién es el autor; igualmente, términos que son prototípicos de la cultura y de la conducta social comunitaria rural, también aparecen denigrados,

cuando no excluidos sistemáticamente. Tomemos, por ejemplo, esa famosa institución andina de convivencia marital, precursora de la práctica de las parejas del mundo contemporáneo occidental: si se buscara el término del *uywanakuy*, que en otros contextos se da como *sirvinacuy*, una palabra híbrida de castellano con estructura nativa (basada en la raíz *servir*), aparece silenciada como cosa escandalosa desde el punto de vista religioso, porque la cohabitación no implica matrimonio de por medio. Aquí estamos tocando un tema sociocultural que, afortunadamente, forma parte ya del pasado, pero que vale la pena conocer.

Otro asunto que preocupa en el corpus léxico del franciscano es el siguiente: ¿cómo es posible que el padre, siendo huancaíno y habiendo realizado una serie de labores pastorales en el campo como parte de su labor misionera, desconociera términos elementales propios de la agricultura, de la fauna y de la flora? Por ejemplo, nos choca y desconcierta cuando habla de la *oca*, pues nos dice que se trata de cierta raíz que comen los indios; una definición de este tipo la podemos esperar de un español que acaba de llegar en el siglo XVI y que todavía no conoce, o no se ha familiarizado con el consumo del tubérculo en mención, pero que un personaje del siglo XX, huancaíno por más señas, diga eso, nos obliga a que tratemos de entenderlo como resultado de su formación de orden religiosa pro-hispanizante, pequeñoburguesa, y prejuiciosa del sistema alimenticio nativo.

(...) entronizando al castellano como única lengua oficial del Perú, que implica a su vez, (...) que aquellos que no la dominan estén en condiciones totalmente desvalidas.

Así, pues, nuestra versión comenta, acota todos estos aspectos, colocándolos siempre entre corchetes para demostrarle

al lector que eso es parte de nuestra labor editorial. Entonces, en estos casos hay que tener en cuenta que lo publicado no es un fiel trasunto de lo que el autor ha escrito, sino que hemos sido críticos y objetivos en su lectura, en la presentación de los términos y en su definición. Hemos evaluado cada entrada léxica, y, de acuerdo con esta evaluación previa y reedición consiguiente, hemos podido ofrecer la versión actual. Nuestra interpretación supone un análisis gramatical de cada entrada o lema del diccionario, un análisis fonológico, morfológico, amén de su representación ortográfica. Luego hemos querido dar a conocer la historia de las palabras consignadas por el autor, la parte de la etimología, porque si bien es cierto, por ejemplo, que todo hablante sabe que la palabra *mat-ray*, es 'cueva, hay que decirle al que consulta el vocabulario de dónde viene dicho lexema, cómo se pronunciaba por lo menos mil años atrás.

Por consiguiente, para responder esa pregunta debemos poner en juego todo el conocimiento requerido, como parte de la experticia de haber trabajado en lingüística-histórica y haber reconstruido la proto-lengua, que es un proceso largo de entrenamiento que toma tiempo. Y además debemos señalar, de paso, que los lingüistas que trabajan en el área andina todavía no han propuesto estudios de tipo

etimológico en los diccionarios de otras variedades. Entonces, el aporte etimológico es importante, porque destruye un mito muy común y muy corriente en nuestro medio: el decir que el quechua-huanca no es quechua, que “ya parece japonés”, es decir, que ya no suena como el quechua sureño, que es la variedad que se toma como dechado. Por ejemplo, de la palabra ‘pecho’, que es *has-hu* suele decirse: “¿qué cosa es *has-hu*; *has-hu* ya no es quechua”, porque se piensa que en verdad la palabra debiera ser *qasqu*; y así, de igual manera, ‘rodilla’, que en el quechua sureño es *qunqur*, en el quechua-huanca es *hunhul*, pronunciación que el sureño ya no entiende. Pero con las etimologías propuestas nosotros explicamos y decimos: “señores este *has-hu* viene, por regla general, del proto-quechua *qasqu*: por regla, la segunda /q/ cae, mientras que la primera /q/ cayó mucho antes, de manera que la pronunciación es *has-hu*”. Como puede verse, la historia está ahí, es una lección a tomarse en cuenta, y así para cada palabra; y de este modo también *hunhul* fue, en el proto-quechua, *qunqur*. Con estos ejemplos probamos que el quechua-huanca es un quechua genuino, como lo son las demás variedades de la gran familia lingüística.

Ahora bien, debemos advertir que muchas de las palabras del léxico huanca no son quechuas, pues provienen del proto-aimara, y varias otras proceden del castellano, que entraron muy temprano en el siglo XVI y se han confundido ya con el quechua. Si le preguntamos ahora a cualquier hablante de quechua-huanca sobre el vocablo *uwish*, que es ‘oveja’, nos dirá que eso es quechua, incluso si le retrucáramos diciendo cómo, si antes no había ovejas, ¿de dónde viene la palabra, quiénes la crearon? Entonces, nos quedaríamos perdidos, desorientados, si no conociéramos la etimología. En este caso, afortunadamente, podríamos responder a nuestro interlocutor imaginario: “señores, *uwish* es un término del castellano del siglo XVI, y viene de la palabra *ovesha*, porque cuando los españoles llegaron aquí no decían *oveja* sino *ovesha*, y la *sh* está manteniéndose hasta la fecha en el quechua-huanca”.

Así, pues, igualmente, muchos términos han entrado tempranamente en el siglo XVI, se han asimilado al quechua, y se han quedado con la misma fisonomía. Si estamos trabajando en Orcotuna² y le preguntamos a un orcotuneño, ya monolingüe de castellano, “¿qué cosa es *tisha*?” Bueno, ya no la sabría contestar, y seguramente podría pensar que es un término quechua, pero, para un hablante que domina todavía la lengua nativa, *tisha* es ‘teja’. Y, ¿por qué *tisha*? No porque el hablante quechua del siglo XVI no supo pronunciar la palabra, sino porque cuando el español llegó, decía *tesha*, no decía *teja*; entonces ese quechua está manteniendo la *sh*, así como en el caso de *ovesha*, que es *uwish* o *uwisha*. La similitud de la lengua con la cultura es obvia, pues vemos cómo los elementos culturales asimilados de Europa marchan paralelamente con los nombres de todas esas entidades culturales que han pasado al Perú. Ahí está la riqueza y la revelación del estudio lingüístico histórico-cultural.

² Orcotuna, es un distrito al sur de la provincia de Concepción, enclavado en la margen derecha del majestuoso Valle del Mantaro.

Luego de la labor gramatical que desarrolló sobre ese vocabulario, ¿qué otro valor etnográfico o histórico encuentra en el archivo del fraile franciscano José Francisco María Ráez?

La obra de Francisco Ráez es básicamente lingüística, proselitista, y pedagógica, dentro de la labor misionera de evangelización de su orden religiosa en conjunto. Como dijimos, la misma obra que editamos está al servicio de ese proyecto evangelizador ¿Para qué escribe su gramática? Para que los candidatos a la orden franciscana que vienen de España, o de cualquier otro sitio, aprendan el quechua, o por lo menos se familiaricen con el léxico de la lengua. El fin es eminentemente pragmático y funcional. Fuera de eso, trabajos de otra índole atribuibles al autor, que yo sepa, no tenemos. Su obra siempre se inscribe en el terreno religioso; por ejemplo, ahí está una especie de *vademécum* que nos dejó, una suerte de catecismo breve que se publicó en quechua huanca, antes de que se dieran a conocer sus obras léxicas y gramaticales. La virtud de dicha producción pastoral es que por primera vez se emplea el quechua-huanca para este tipo de instrumento de carácter doctrinario, cosa que era inconcebible antes.

Por lo demás, su participación como personaje histórico importante está en su desempeño decisivo como mediador durante la guerra con Chile, sin desligarse del entorno religioso dentro del cual se desenvolvía. Esta conducta suya es altamente cívica y patriótica, porque estuvo siempre del lado de los derrotados, de los sometidos, tratando incluso de darles el salvoconducto al más allá en medio de los fusilamientos de los patriotas de la resistencia anti-chilena, como lo damos a conocer en la biografía del autor que ofrecemos en el libro publicado.

Doctor Cerrón-Palomino, alrededor de la política educativa que homogeniza el quechua como si fuese una sola lengua, ¿qué consideraciones le generan?

Creo que hay que distinguir algunas cosas: persistir en la idea de que el quechua es una sola lengua es un completo absurdo, cuando ya se ha demostrado hasta el hartazgo que eso no es exacto, y que estamos más bien ante una familia de lenguas. La explicación más sencilla la obtenemos recordando la historia de las lenguas románicas, que todas arrancan del latín. A nadie se le ocurriría hoy decir que el latín es la lengua de buena parte de Europa. Porque tales entidades idiomáticas, que llamamos lenguas romances, se han venido desarrollando a partir de la lengua madre, que es el latín, y saliendo de dicha matriz han adquirido su fisonomía lingüística propia. Tenemos ahí las lenguas italiana, francesa, castellana, portuguesa, catalana, rumana, etc. Lo mismo pasa en el quechua. Tenemos que aceptar que estos llamados “dialectos” constituyen unidades lingüísticas singularizadas, identificadas como tales; entonces, tratar de unir ahora todo eso es como regresar al proto-romance o volver al proto-quechua, en ambos casos entidades muertas: una quimera imposible. Buscar una reunificación de tales lenguas significaría ir contra natura, revertir la historia, cosa que es imposible de hacer.

Ciertamente, en términos lingüísticos de gabinete, no es algo imposible de intentar hacerlo: en nuestro caso, por ejemplo, escribir una gramática proto-quechua, pero ¿quién entendería eso, fuera de los lingüistas que trabajan en la historia de la lengua? Sería un artefacto desprovisto de vida social, política y cultural en un contexto ajeno y diferente. Otra quimera similar que queda por discutir, aunque en un nivel menos ambicioso, son las áreas dialectales integradas por variedades que comparten rasgos básicos, y en este caso hablamos de *supradialectos* o simplemente *supralectos*, porque quisiéramos evitar tener, dentro del sistema educativo nacional, por ejemplo, una situación de proliferación de manuales a usarse como elementos de referencia (gramáticas y vocabularios locales). Este es otro absurdo, y algo de esa práctica ilusoria y abusiva la conocemos en nuestro medio, pues ha sido desplegada tradicionalmente por el Instituto Lingüístico de Verano: reconocer diez dialectos ahí donde hay dos y proponer diez escrituras donde bastan dos o una sola. No podemos llegar a ese extremo que es absurdo, antieconómico, y, en fin, nada práctico; entonces, hay que buscar el término medio.

Por eso hemos venido evaluando la idea de los supralectos, y, para el valle del Mantaro concretamente, hemos propuesto el supralecto jauja-huanca, que busca sustentarse en la realidad estudiada y descrita. Entonces, podemos hacer una gramática unificada del quechua-huanca, desde Jauja hasta Huancayo. ¿Cómo así? A través de las reglas que identifican cada dialecto, presentando su fisonomía a partir de un tronco común, en este caso el proto-huanca. Esta entidad, que alguna vez existió, ha ido diferenciándose con el tiempo, sin romper su inteligibilidad por parte de sus hablantes, cumpliendo ciertas reglas evolutivas. Entonces, lo único que tiene que hacer el lingüista es reconstruir esa situación, en base a tales reglas, presentando toda la historia evolutiva, y para dicho supralecto podemos postular, con base empírica solvente, una escritura unificadora. Entonces, hablar de distintas escrituras para Jauja, Concepción, Chupaca y Huancayo, es un absurdo; eso no podría funcionar nunca; pero, proponer un alfabeto único, como lo hace Ráez de manera intuitiva, es totalmente viable y justificable. En ese sentido defendemos y abogamos por el papel unificador de toda escritura. Cuando hay visión política favorable, respaldada en una pasión colectiva, puede ser un instrumento de uso colectivo, y en ese sentido la función unificadora del sistema escrito es positiva; pero también, esa misma virtud puede ser negativa, si uno quiere distinguirse del otro a como dé lugar, invocando identidades locales de campanario. En el caso de querer unificar todo el quechua, repetimos, estaríamos hablando de una imposibilidad de resucitar entidades históricamente estabilizadas con su genio, fisonomía propia, y esa empresa no tiene viabilidad alguna, como en el ejemplo del latín mencionado

Si estos hablantes están desprovistos de todo poder, y sabemos por definición que las lenguas están siempre tras él, entonces es una quimera que estos hablantes desvalidos (...) puedan reivindicar su idioma marginado por la sociedad opresora

Usted incide en la potencial virtud unificadora de un sistema escrito; pero también hay cierto aprovechamiento al adscribirle a dicha potencialidad una posible unificación del quechua: hay un sector que parece que medrara alrededor de estos temas, aprovechándolos comercialmente. La presencia y masividad de academias de quechua vienen generando ciertos vocabularios específicos solo con el afán de comerciar con ellos.

Bien es cierto, pues estamos asistiendo a una situación que podemos llamar, sin ningún empacho, como una etapa de comercialización y mercantilización del quechua. Y los practicantes de este comercio, como era de esperarse, son gente improvisada, gente que ignora todo esto que hemos estado discutiendo. Ninguna base histórica, ningún entrenamiento lingüístico, ningún soporte cultural que ayude a los que enseñan o fundan academias que les permita ofrecer un contenido por lo menos decoroso y aceptable. Aquí caemos en una improvisación total, una demostración de incompetencia, una muestra de viveza criolla, de total precariedad en los trabajos que pululan en el medio, y esto es natural porque para poder ser sistemáticos y coherentes en un producto lingüístico hay que tener un soporte por lo menos elemental en la disciplina.

Mientras los practicantes de esta especie de profesores, incluso “catedráticos”, que ofrecen cursos y cursillos de quechua, no tengan esa formación básica elemental, podemos estar segurísimos de que vamos por un camino errático y pernicioso. Y podrán seguir proliferando academias, porque de por medio está el negocio, y la cosa se hace un círculo vicioso, porque hay una demanda, por parte de ciertas instituciones, de certificación del dominio del quechua como requisito para graduarse e iniciar una carrera profesional. Bueno sería que estos personajes tuvieran el mínimo entrenamiento en el quechua, ya ni siquiera un reclamo científico como quisiéramos que fuera. De hecho, nuestro paisano Ráez no fue lingüista, pero, además del conocimiento de quechua, tenía una formación tradicional gramatical; conocía el latín, sabía francés; estaba familiarizado con esos textos de gramática clásica, y por consiguiente lo que hace es trasuntar esos conocimientos y los vierte aplicándolos al quechua. Pero estos improvisados cultores de la lengua no tienen ni noción de eso, salvo quizás alguno que otro bienintencionado. Algunos pueden reclamarse latinistas, pero una cosa es reclamarse latinista de boca para afuera, y otra conocer la estructura latina, lengua indo-europea, y mejor aún estar enterado de su evolución. Sigue en pie ese principio engañoso de que para enseñar una lengua basta saber la lengua, y harto sabemos que eso no es ninguna garantía.

Yo me quito el sombrero ante un quechua-hablante neto, aun cuando estoy seguro de que ese quechua-hablante neto nunca me podrá responder cuando le digo cómo era tal o cual palabra en el siglo XVI y por qué es así y no tiene otra forma, y qué significaba antes, y por qué ya ni se la usa hoy. Esa respuesta nunca me la podrán dar, porque no tienen ese conocimiento, entonces van a responder, para no autodelatar su desconocimiento, con cualquier barbaridad, desorientando a los

alumnos, transmitiéndoles un saber prostituido, totalmente distorsionado, que es lo que vienen haciendo estos señores descaradamente. Algo tiene que hacerse para que esto acabe. No puede ser, por ejemplo, que la Universidad Nacional del Centro del Perú tenga en su seno a esta especie de gente. En vez de enseñar algo que armoniza con la realidad, esta se viene distorsionando grotescamente.

Doctor Cerrón-Palomino, siempre sus disquisiciones sobre nuestras lenguas originarias nos conllevan a reflexión. Por último, coméntenos qué proyectos viene trabajando ahora.

Tenemos varios proyectos que en la vida resultan siendo interminables. El arte y la ciencia son quehaceres ilimitados. Hay un viejo dicho latino que resume esta situación: *ars longa vita brevis*. El arte, las ciencias son incommensurables, y el tránsito vital del hombre es realmente breve. Entonces, hay que aprovechar ese pequeño margen del ciclo vital que nos toca, y se hace lo que se puede. He venido reflexionando e investigando sobre las lenguas andinas en toda mi vida profesional de lingüista. La historia personal mía, es una historia del ensanchamiento gradual del objeto de estudio: empezamos con el quechua-huanca, y luego estudiamos todos los dialectos quechuas; después el aimara y sus dialectos supérstites; luego del *aimara* había que pasar a estudiar el *uru*, que sobrevive en su variedad chipaya en la altiplanicie de Oruro, y después del *uru* el *puquina*.

Entonces, en lo que va del presente siglo, estoy trabajando en el *puquina*, lengua que ha sido el habla primordial de los incas, y que la historia tradicional nos ha vendido como un *quechua* antiguo, incomprensible; y así hemos aprendido los nombres de los incas, los nombres de las instituciones culturales del incario, como si todo ello tuviera origen quechua. En el fondo, lo cierto es que buena parte de toda esa terminología institucional incaica proviene de la lengua de los antiguos colla-puquinas, que fueron los fundadores de la civilización de Pucará y Tiahuanaco, mucho antes de que los aimaras llegaran al altiplano, pero que los incas míticos heredaron.

Estamos, pues, en el proceso de redescubrimiento de esa historia, y aquí debo mencionar que lamentablemente el *puquina* no ha sido objeto de estudio y de registro en su momento, como lo fueron el *quechua* y el *aimara*; esa es su mayor desventaja. ¿Y por qué pasó esto con un idioma que alguna vez fue “oficializado” como lengua general en el siglo XVI? ¿Por qué ese vacío? Porque cuando llegan los españoles, el *puquina* ya es una lengua dialectalmente fragmentada a lo largo de la región sureña-altiplánica: la mayor parte de la población ya es bilingüe, o sabe ya quechua o sabe ya aimara; y los religiosos optaron por una política pragmática: ¿para qué escribir gramática o vocabulario del *puquina* si sus hablantes que quedan ya saben

³ Tom Zuidema (1927 – 2016), Antropólogo, reconocido por sus destacadas contribuciones sobre la organización social y política de los Incas. Algunas de sus investigaciones refieren: *El sistema de ceques del Cuzco: la organización social de la capital de los Incas* (1964); *La civilización inca en el Cuzco* (1990); *El calendario inca. Tiempo y espacio en la organización ritual del Cuzco. La idea del pasado* (2011).

quechua o aimara? Bueno, estamos pagando esa decisión práctica asumida por los evangelizadores de la colonia. Se sabe que hay manuscritos que han quedado y quizás están por encontrarse, sobre todo textos religiosos, incluso alguna gramática. No hay que perder la esperanza de que alguna vez se encuentren más materiales, pero en el entretanto solo contamos con un texto religioso de inicios del siglo XVII; a través de ese material se puede recuperar parte de la gramática, parte del léxico; también está la onomástica (el estudio de los nombres propios, básicamente topónimos y antropónimos), y en su estudio andamos actualmente.

Estamos trabajando en la onomástica *puquina*, explicando toda la terminología institucional incaica. Vamos a presentar un vocabulario con ese corte, que va a intentar explicarlo todo; entonces vamos a ver, por ejemplo, que la palabra *panaca* no es quechua, ni tiene que ver con *pana*, hermana, como dicen los antropólogos, tipo Tom Zuidema³, quien andaba algo extraviado en estos temas onomásticos. El trabajo de este antropólogo holandés, tan admirable en el ambiente cultural y académico, es un desastre, porque ha partido de un conocimiento parcial y retaceado del quechua. Y, en todo caso, de una manipulación antojadiza de la terminología institucional quechua, y sobre esa base ha construido su edificio teórico e interpretativo de la historia incaica. Yo he discutido con él varias veces, le he hecho ver sus errores interpretativos; pero, en fin, él ya era un hombre consagrado, difícil para aceptar la revisión de su obra de más de 50 años. Así, pues, volviendo a la pregunta, al presente andamos en el redescubrimiento y la reivindicación de un pueblo de enorme importancia histórico-cultural y de un idioma tan importante como la lengua *puquina*. Allí estamos lidiando con la historia de la lengua.

Reflexiones finales

De lo manifiesto podemos desprender una serie de reflexiones conclusivas. Primero, las lenguas originarias y sus entidades idiomáticas andinas transponen una seria contrariedad social y cultural causadas por la cuestión política, social y económica de la sociedad peruana en su conjunto. Segundo, el enfoque educativo estatal y privado han pretendido, desde una estrategia de asimilación, una variedad entronizada como el quechua único: el dialecto cuzqueño, afectando transversalmente a sus variedades dialectales, como sucede con el quechua-huanca. Tercero, la ausencia del ejercicio del poder y la representación política pluricultural de sus integrantes agudiza y pone en serio riesgo el destino de las sociedades de habla distinta al castellano, influyendo en la distorsión, cuando no suplantación total de su lengua originaria.

Cuarto, los aportes del franciscano huancaíno José Francisco María Ráez deben valorarse en su verdadera dimensión, crítica y objetiva, dando a conocer sus alcances y sus logros dentro del contexto educativo e informativo tanto regional como nacional. Quinto, debe de promoverse investigaciones etnohistóricas incidiendo en sus implicancias lingüísticas y políticas mediante la pertinente aplicación de métodos interdisciplinarios, participativos y colaborativos. Finalmente, de manera no menos

importante, hay que reescribir la historia prehispánica hasta ahora entrampada por la tesis que yo llamo del quechuismo primitivo, que supone que los incas fueron los hablantes originarios del quechua, cuando sabemos, gracias a los estudios históricos de corte lingüístico en curso, que sus ancestros hablaban el puquina, luego el aimara, y solo finalmente, a partir del siglo XV, el quechua.